



Año VI

Madrid 15 de Junio de 1883

Núm 112

## SUMARIO.

I. Un estreno en confianza.—II. Mañana estudiaré.—III. El caballo de caña.—IV. El trapero de Madrid.—V. Los ovillos de hilo.—VI. Oriental.—VII.—La plegaria.

### UN ESTRENO EN CONFIANZA.

**D**URANTE mi permanencia en la capital de Andalucía, fui invitado varias veces á presenciar la representación de algunas obras dramáticas en uno de esos mal llamados teatros caseros, y siempre procuré excusarme, no por enemistad al trato y sociabilidad, sino por el temor de que, haciéndolo mal, como es costumbre, fuérame imposible retener en el cuerpo la retozona risa que con harta frecuencia suele dibujarse entre mis lábios. Pero llegó una ocasión en que, sin pasar plaza de grosero, no hubiera podido evadir-

me, y héteme metido de narices, como suele decirse, dentro del local donde se rendía culto á una de las nueve hermanas.

Tocóme en suerte, que por tal la tuve, una de las últimas sillas del salón, y allí, alejado completamente del resto de los convidados, pude entregarme á mi placer á las maliciosas observaciones á que siempre fui inclinado por la condición especial de mi carácter.

Lo primero que naturalmente debía llamar mi atención, como en efecto sucedió, fué el averiguar quiénes componían el público inteligente y distinguido; ó lo que es lo mismo, quiénes *eran conmigo en el Paraiso*: á la pálida luz de vacilantes bugías colocadas de trecho en trecho en la pared, y cuyos focos lanzaban inciertos reflejos sobre los circunstantes, pude contemplar un abigarrado conjunto de trajes y personas, que más me hacía recordar la perspectiva de una plaza de toros que la de un salón,

siquiera fuera éste de confianza. Junto á la airosa mantilla que con tanta gracia llevan nuestras mujeres, y más si son andaluzas, destacábanse algunos pañuelos de colores más ó menos chillones, pero todos de rica seda, arrollados casi al desgaire en los hechiceros cuerpos de las convidadas, entre las que tampoco faltaba una que otra esportilla de palma, bautizada por la caprichosa moda con el pomposo nombre de sombrero *francés*, y en donde campeaban adornos estrafalarios que acusaban un gusto bastante deteriorado.

Los papás, esposos y demás representantes del sexo fuerte, vestidos también con rica variedad, formaban algunos grupos y corrillos, donde se ocupaban de arreglar la nación y hacer política, achaque añejo é inveterado entre los españoles; mientras los rapaces, en número bastante considerable, amenizaban el espectáculo con sus *armónicos* gritos.



En la mitad del salón alzabase el escenario; separando al público de los artistas, dos ó tres escalones de madera que al tablado conducían, y una cosa, á manera de telón, donde un inesperto émulo de Apeles quiso trazar el templo de Apolo, resultando un algo parecido á una posada manchega.

Ya la animación estaba en su período álgido, cuando todos callaron al sentir el metálico sonido de una campanilla, que fué la señal para que, alzándose el susodicho telón, disfrutáramos las delicias de la escena.

Grán espectación hubo en el público en los primeros momentos, ávidos todos de saborear las bellezas que el drama nuevo (porque era un estreno) encerraba. Yó también suspendí la investigación que hasta aquel momento había tenido, y reconcentré toda mi atención en el drama y en los actores que lo desarrollaban. Movíanse éstos con la soltura propia de quien espera que, por méritos ó por educación, han de ser aplaudidos, y si faltaba argumento al drama, ó, por mejor decir, si el drama no existía, en cambio el movimiento escénico y la energía y gentileza de los actores, probaba hasta la evidencia que de igual manera se atreverían con *El Trovador* ó con *Los Amantes de Teruel*. Algunos sonoros versos, como

«No mitigan mis dolores  
Más que pájaros y flores,»

dichos con vigorosa entonación, hacían prorumpir en un ¡bravo! nutrido y espontáneo, que enardecía á los actores, haciéndoles gesticular como si estuvieran animados por corriente eléctrica ó poseídos de ese mal que el pueblo, en su pintoresco lenguaje, llama el *baile de San Vito*.

Terminada la representación, una nube de aplausos, que de truenos parecía, premió á los artistas, levantándose general clamoreo por que saliera el *autor* á recibir los plácemes y parabienes honrosamente conquistados por su *númer*; y sin que valiera la modestia de aquél, tuvo que presentarse, viendo todos con gran entusiasmo que era el hijo de los dueños de la casa, precoz jóven de veinticinco años, quien había concebido y parido, con sin igual ingenio, la obra que acabábamos de presenciar. Una sencilla y elegante corona de encina, es decir, figurada, fué el premio que tan preclaro vate alcanzó de la generosidad y admiración de su padrino, amén de los calurosos y entusiastas bravos que le prodigó la concurrencia.

—¡Qué argumento, caballeros!—decía nn militar, de la clase de *tropa*, á unos ami-

gos suyos.—Si parece mentira que tan jóven..... Vamos.... Es un talento.

—¿Cuál es el título del drama?—pregunté al referido militar.

—*Un valle de lágrimas*,—me contestó.

—En verdad—dije para mi capote—que el título le viene que ni de perillas, porque en él lloran todos. ... incluso el apuntador.

Dí mi enhorabuena al novel autor, animándole á seguir por tan florido camino, y cuando hice lo propio con los papás del afortunado jóven, les oí decir con toda la fruición de padres entusiasmados:

—¡Este es un chico que promete!

—Lo que hace falta es que cumpla, pensé en mi interior, mientras abandonaba el local, jurándome á mí mismo que sería imposible volverme á coger para presenciar un *parto* tan laborioso y accidentado.

Don Melésin y Soto.

## MAÑANA ESTUDIARÉ

«La ciencia de la vida es la experiencia;»  
esto es, al cabo, de un refrán la esencia;  
pero que enseña, sí,  
cosas que nunca nuestra mente olvida....  
¡cuánto enseña la ciencia de la vida!....  
aprended, pues, de aquí.

Era un jóven, un ente, como hay muchos,  
de esos que quieren presumir de duchos  
en la *escuela social*,  
y hablan de todo, sin saber de nada,  
y pasan de su vida la jornada  
en dulce bacanal.

Vivió pensando siempre en *el mañana*,  
día consolador, palabra vana,  
esperanza sin fin....

y pensando *hacer algo* en ese día,  
uno tras otro con placer vivía  
entregado al festín.

En un librito suyo, de memorias,  
lleno de cuentos, que él llamaba historias,  
mirad lo que leí:

*Distribución de la semana entera;*  
*horas que he de estudiar, aunque me muera;*  
luégo decía así:

Lunes; bien, buen principio de semana;  
no asisto á clase hoy; iré mañana,  
pues *la lección* no sé:  
como anoche fuí al baile y al teatro....  
tengo un sueño...., ¡pues nó.... si eran las cuatro  
cuando me retiré!  
hoy pasaré durmiendo todo el día;  
pero.... ¡y *la lección*?.... ¡por vida mía!....  
*mañana estudiaré.*

Martes; ¡ay, Dios!.... me he levantado tarde,  
¡ya no puedo ir á clase!.... iré esta tarde;  
y entre tanto.... ¿qué haré?....

¡Ah!.... ¡oh, dicha!.... ¡si dicen que hoy ensaya  
aquella que bailando se desmaya!....  
juro que á verla iré:

Pero.... ¡y *la lección*!.... yo estudiaría....  
mas, ¿he de pasarme sin verla todo el día?....  
*mañana estudiaré.*

Miércoles; bien, me levanté temprano:  
hoy iré á clase, pues me encuentro sano  
y *las lecciones* sé;  
pero creo que hoy habla en el Congreso,  
según me han dicho, un orador.... de peso....  
juro que á oírle iré.  
¡Pardiez!.... ¿y *la lección*? ¡por vida mía!....  
¡pest!.... ¡qué importa!.... mañana es otro día;  
*mañana estudiaré.*

Jueves; no pasa de hoy, me voy á clase;  
que haya faltado.... bien, mas ya no hay pase;  
¡pero si nada sé!....  
no voy; el día pasaré estudiando;  
vamos á ver; *lección*.... estoy pensando  
si habrá salido Fé....  
vaya, bueno, á estudiar; ¡es tontería!  
no puedo estar sin ver á la Fé mía;  
*mañana estudiaré.*

Viernes; hoy sí que iré, hoy no transijo;  
hoy á clase me voy, me voy de fijo;  
mas.... ¡*la lección* no sé!....  
mejor; estudiaré mientras dán clases....  
pero fuera locura que dejase  
de asistir al café,  
hoy, que hay la gran partida de Aduana;  
¡por Dios! ¿y *la lección*?.... bueno; mañana,  
*mañana estudiaré.*

Sábado; pues, señor, bien; me he lucido;  
la *semana* pasé muy divertido,  
á mis clases falté....  
hoy será ya ridículo que vaya;  
en fin, ¿qué ocurrirá? ¿que pongan *raya*?  
pues una más tendré;  
sólo ya queda de semana un día;  
si hoy no fuese, tal vez estudiaría;  
nada, *mañana iré.*

Domingo; ¡yo estudiar?.. .. causará risa;  
hoy, como buen cristiano, voy á misa  
para hablar con mi Fé;  
luégo, paseo, cómo, y á las cuatro  
á los toros iré.... luégo al teatro.  
y al baile. ... y al café....  
pero esta es la última semana;  
mañana, lunes, se acabó; mañana,  
sin falta, *estudiaré.*

Llegó *el mañana* de la nueva vida;  
mas, como el anterior, por despedida,  
al placer se entregó;  
estaba tan rendido, tan cansado....  
que al despertar.... *volvióse al otro lado*,  
y tampoco estudió.

Y como en esta vida siempre existe  
algo que pueda consolar al triste,  
el jóven, por su mal,  
hallaba cada día diversiones  
y entregado á las dulces emociones  
vivía siempre igual.

Así fueron los días trascurriendo,





y un mes tras otro mes, siempre diciendo:

*¡mañana estudiaré!*

y el *mañana* dichoso no llegaba,

y mientras tanto, *Junio* se acercaba,

y llegó; pero, ¿qué?

Puesto que el *niño infeliz* nada sabía,

le dieron, como premio, *una sandía*;

¡figúresela usted!

*F. Sans Mery.*

## EL CABALLO DE CAÑA

### FANTASÍA

**Q**UIÉN de vosotros no lo habrá oído referir cien veces siendo niño? Era un sábado; la noche avanzada envolvía en sombra los desiertos barrios; por las tortuosas travesías se había ido apagando el rasguear de las concertadas guitarras; los precipitados pasos del último trasnochador enamorado se habían perdido en el repercutir acompasado de un golpear que se debilita; las ventanas hundieron en sombra las enrojecidas pupilas, velando en la oscuridad únicamente el trémulo parpadeo con que el rosetón inmenso del trascoro orilla á los oscilantes reflejos de la lámpara de la iglesia; y en lo alto de mimbrales y choperas, y en el profundo cauce del río, y entre las sombras de los apartados lechos, las brisas, las ondas y los hombres, en silencio dormían, esperando el alba para estremecer con su susurro la vega, para rizar el agua en sus espumas y para acudir, engalanados al mismo toque de misa, luciendo alegres el pretencioso traje del domingo.

Todo en sombra dormía, mientras, subiéndolo por encima de los cipreses rígidos y aguzados el menguante cuarto de la luna, guiñaba con mueca horrible el único ojo de su semblante macilento al mirar de soslayo destacarse al azul de los cielos la cruz de hierro en que termina la elevada veleta; todo yacía en silencio, á intervalos interrumpidos por el rumor confuso de un ladrido lejano y por el torpe aletear con que el murciélago ofuscado batía los encendidos vidrios de colores de la medrosa capilla.

Y entónces, cuando desde lo alto de la oscura torre bajaban lentamente á estremecer las silenciosas moradas los ecos vibrantes y metálicos de una campana heri-

da con fragor siniestro por doce golpes prolongados, en algún miserable hogar despierta á deshora anciana y repugnante mujerzuela, que aguardaba sumergida en inmundo lebrillo para surcar de súbito los espacios á través de la ennegrecida chimenea, y cabalgar, con equilibrio inverosímil, sobre la estrecha caña de una escoba.

¡Adelante! ¡adelante! murmuraba la bruja, oprimiendo entre sus enjutas piernas su corcel volador más enjuto todavía. ¡Adelante! ¡adelante! y salvaba las angustiosas pendientes de los tejados, y subía hasta confundir el albor de su camisa con la blancura de los vapores de la noche, que el viento arrebatava en espiral á los cielos; y dibujaba, al atravesar sobre el luciente disco de la luna, una sombra agitada, pequeña y negra como la silueta de un venejo; y á veces la cabalgadura de caña cruzaba tan cerca del astro de la noche, que con su erizada cola de retama le barria el rostro, señalando nuevos arañazos en aquella cara pálida, surcada por todas partes de cicatrices.

¡Vértigo sublime! Abajo, la tierra, masa oscura salpicada de fosfóricos reflejos al rielar de la luna en las corrientes de los ríos que serpentean ondulantes como arterias de acero, y en las charcas tranquilas festoneadas de álamos sombríos que surgen señalando algo horrible, y en la inmensidad difusa y azulada de los mares que se estrellan rugientes contra los duros acantilados, ó con pereza se arrastran sobre los lechos arenosos de las playas desiertas.

Arriba, el cielo partido por la faja sin límites del Zodiaco, á través de cuya palidez jabonosa brillan millones de estrellas con el rutilar incierto de las luces que arden sobre el altar á través de la densa y blanquecina nube de incienso. Y en medio de los resplandecientes misterios de allá arriba, y de los oscuros abismos de allá abajo, sentirse arrebatado y suspendido, cabalgando sobre corcel sin piés, volando sobre palo sin alas, atravesando la nube, desafiando el rayo, adelantando al huracán con el impulso del proyectil y con la rapidez del pensamiento, azotado el rostro por el aire impetuoso que hace ondear la desatada cabellera, y refrescando en su hálito nocturno las sienes ardorosas y el anhelante pecho, devorados por la fiebre de lo sobrenatural y agitados por el espanto de lo desconocido.

Todos, seguramente, habreis oído referir todo esto más de cien veces siendo niños;

pero cuando, al llegar á hombres, os hayais reído—al contemplar los caprichos de Goya y los lienzos de Lucas—de los angustiosos terrores infantiles que os causaron los sortilegios de la tía Marizápalos y de la madre Celestina, acaso nadie os haya dicho: los iniciados son pocos, pero existirá siempre una brujería antigua y eterna como el espíritu del hombre, que, cabalgando sobre débil caña, acude al espantoso aquelarre que el genio celebra en la sombra sobre el vértice de todos los abismos.

Yo no he acertado jamás á explicarme por qué cada vez que en las abstracciones de mi mente evoco una de esas figuras colosales que la humanidad llama genios; cada vez que contemplo una de esas creaciones portentosas; cada vez que, como al fondo de cisterna impenetrable, dirijo los ojos del espíritu á la profundidad oscura de uno de sus libros, por todo mi cuerpo siento correr ese entumecimiento frío de horror sublime que el vulgo experimenta al escuchar el relato de hazañas sobrenaturales y hechizos demoniacos. «Estos libros no han sido escritos por el hombre solo,» dice la inscripción de Ash-Nagur de los poemas sagrados de la India, y esta oscura referencia á la colaboración de un elemento desconocido, podría aplicarse en general á todas las concepciones del genio.

Y luego ¡coincidencia extraña! esos seres extraordinarios vienen á practicar los mismos sortilegios terribles que la imaginación del pueblo atribuía á las brujas. Goethe acude, como Fausto, al aquelarre de Walpurgis; una palabra de Shakespeare, y las sombras de los muertos salen de sus tumbas; Dante se familiariza con el infierno; Virgilio profetiza; Cervantes hace montar la fantasía y el sentido común sobre caballos de caña, que tanta es la flaca inutilidad de rocinante y del asno.

¡Adelante, adelante! exclama también el genio poderoso del hombre, y del oscuro rincón de un gabinete su espíritu vuela á elevadísimas regiones.

Es noche; en el caos sin límites de lo desconocido, reina eternamente la sombra proyectada por Pán, y el espíritu del genio cabalga en alas de su imaginación sobre el todo impenetrable. Dentro del todo no hay límites, y para quien le interroga, ya no hay tiempo ni espacio. Juan, arrebatado por el águila de Pathmos, recorre todos los cielos y rompe todos los sellos; para él, está presente el espacio sin límites y el tiempo sin límites también; abarca de una mirada todos los cosmos y toda la humani-



dad; lee el porvenir y cuenta las estrellas, cabalgando siempre su poderosa fantasía por esa noche de sábado llena de espantosos conjuros, que se llama Apocalipsis.

¡Vértigo sublime! Sentirse arrebatado á los espacios, flotando en las nieblas densas de los parajes sombríos y húmedos del Norte, deslizándose con las brisas caliginosas tropicales ó en el hálito helado de los polos, abarcando de una mirada los arenales desiertos, los bosques umbríos, la soledad inmensa y agitada de los mares y el mareante hervir de las ciudades populosas. Subir hasta las elevadas regiones en que los astros giran, contemplar la armonía de nuestro sistema planetario, mirar frente á frente al encendido centro que lo vivifica y alumbra, con la insistencia altanera del águila, y perderse más allá de las esferas exploradas, más allá de los límites siderales señalados por los últimos descubrimientos del telescopio, más allá de todas las órbitas imaginadas, más allá de todos los cálculos posibles sobre distancias desconocidas.

Y luégo, desde aquella elevación inmensa, volver los ojos á la pequeñez de la tierra, que, cabalgando sobre clavileño, á Sancho le pareció del tamaño de un grano de mostaza; volver los ojos para hacer sobre ella el conjuro mágico del tiempo, que se llama historia y que reconstruye el pasado sobre un montón de ruinas, con la milagrosa eficacia del hechicero que, reuniendo los desparramados restos de un cadáver, evoca despues para ello el espíritu que los había de animar. Contemplar entonces en arrobado éxtasis surgir á la incierta luz de un fantástico crepúsculo las agitadas luchas de la Europa envejecida; las sombras aparecen alentadas por las feudales almenas; más allá, con rumor de tempestad, salen de la niebla los vencedores de un Imperio, de un Imperio que se levanta poderoso, inspirado por la cultura de un pueblo sabio que bebe su ciencia en los manantiales de Oriente, que el sol alumbra al elevarse por encima de las cordilleras gigantescas del Asia. Y así, en la prosecución ilimitada de este viaje á través de los tiempos, asistir á los primeros días de la vida del hombre sobre la tierra, y á las primeras edades del planeta, y á los trastornos geológicos que determinaron su formación, y á la sociedad primitiva de una creencia preexistente y marcada.

Desde esta elevación suprema, el genio que se cierne en todos los instantes del tiempo sobre todos los abismos del espacio,

presencia también todos los misterios del espíritu.

En su redor se agitan inmensas palpitaciones de vida. Abajo, sobre el lodo, las pasiones rugen como fieras aprisionadas ó como encrespadas olas de un mar embravecido; Castelar ha llamado á Shakespeare el buzo de los océanos del alma. ¿Por qué arte de encantamiento tenebroso pudo sorprender en lo profundo y oscuro del corazón del hombre esos monstruos terribles que alientan los celos, aguijonean la ambición, atizan la ingratitud, desatan la duda y engendran el odio rencoroso y la implacable venganza? Esquilo y Sófocles habían sorprendido ántes estos misterios, en los que Calderón y Schiller también fueron iniciados. ¿Qué poder sobrenatural, qué extraño procedimiento origina estas intuiciones sublimes que tienen mucho de pavorosa hechicería? ¡Ah! el vulgo lógico, que ha dado á la bruja la escoba para volar el sábado, ha creado para el poeta un corcel menos ridículo y menos humillante, pero no menos absurdo. La Mitología inventó el Pegaso, caballo alado que representa la imaginación fogosa y desbocada de manera más digna y elevada que la caña misera de una escoba; pero el resultado viene á ser casi igual: el genio cabalgando sobre el delirio, en busca de lo imposible desconocido.

Otra última y terrible semejanza ha señalado en épocas no muy remotas un mismo trágico fin á los delirios estúpidos de una ignorancia fanatizada y á las aspiraciones sublimes de nobles almas soñadoras y entusiastas. Durante muchos siglos, la bruja y el genio han sido continuamente amenazados por la hoguera. Hoy, el suplicio se abolió; pero muchas de las gentes que se ríen de las estúpidas preocupaciones, se ríen también no pocas veces del genio.

Esta ley, dolorosa siempre, se ha de cumplir: los malvados y los ignorantes colocaron por irrisión en las manos de Jesús un cetro de caña; de aquel cetro, por impiedad ó por simbolismo, las brujas hicieron su cabalgadura ordinaria; y el genio que, como ellas, obtuvo la sublime facultad de elevarse entre las sombras abarcando el infinito del tiempo y del espacio, condenado fué, como Jesús, al martirio de la persecución ó á la picota del ridículo.

*R. Blanca Benja.*

## EL TRAPERO DE MADRID

### FABULA

Por las calles cortesanas,  
dando voces en su lid,  
anda todas las mañanas  
el trapero de Madrid.

Es un tipo callejero  
que se encuentra por doquier,  
y va diciendo: «¡El trapero....!  
¡Ropa vieja que vender....!»

Uno sus compras un día  
al acabar, recontó,  
y en un saco contenía  
lo que aquí os apunto yo:

Un viejo capote ruso,  
la faja de un general,  
un chaleco á medio uso  
y una librea real.

Media falda que le queda  
de una levita que fué,  
con un vestido de seda  
y bata de no se qué.

Fuera del saco de ropa,  
los restos de un pantalón,  
un sombrero de alta copa  
y unas botas sin tacón.

Pero viendo estos guiñapos  
el hijo de un gran marqués,  
—¿De qué sirven estos trapos?  
preguntó con interés.

—Para aliviar las miserias,  
dijo el trapero, y así,  
valen tan pobres materias  
más que todo el Potosí.

Con una gran carcajada  
burló el niño esta razón;  
—Los trapos no valen nada;  
¡já! ¡já! ¡qué exageración!

Y vé después que en sus hombros  
lleva una pobre mujer  
un lío, que en los escombros  
pudo con trapos hacer.

Mas viendo que ella cogía  
cuantos trapos vé al redor,  
—¡Ay, Jesús, qué porquería!  
dice el niño; esto es peor.

—Mujer, esos trapos, dijo,  
¿para algo servir podrán?  
Y ella respondió:—De fijo,  
para ganarme yo el pan.

¡Si tú, niño, en vez de rico  
fueras pobre, como yo...!  
Quedó pensativo el chico,  
que esta vez no se rió.



Llevaronle al Rastro un día,  
y al trapero volvió á ver  
que á gentes pobres vendía  
cosas de su menester.

Vió mujeres hacendosas  
de puesto en puesto buscar  
esa multitud de cosas  
que en sus casas hán lugar.

Necesidades á miles  
vió satisfechas allí.  
—¡Lo que hacen los trapos viles....!  
dijo pensando entre sí.

—¿No valen nada los trapos?  
recordó el trapero.... pues  
aquellos sucios harapos  
lo que valen ya lo ves.

Y allí, entre tantas miserias,  
tocó, con hondo pesar,  
cosas tan tristes y serias,  
que el niño se echó á llorar.

Otra vez, dando un paseo,  
fuera su papá con él,  
para ver, como recreo,  
las fábricas de papel.

Y al ver depósitos llenos  
de sucio trapo á montón,  
el niño no pudo menos  
de mostrar su admiración.

El trapo de la miseria  
cogido en la calle ayer,  
era allí *prima materia*.....  
¿Qué más quería saber?

Su historia entónces el niño  
á su padre le contó,  
y éste, con dulce cariño,  
de esta manera le habló:

—Muy grande es el poderío  
del hombre, cual ves aquí;  
la industria humana, hijo mío,  
hace milagros así.

Si convierte el trapo en oro,  
puede comprenderse bien  
que élla es el vasto tesoro  
que al mundo le dá el sostén.

Cuando así, en lo sucesivo,  
veas tú con noble afán  
que el humano esfuerzo y vivo  
lucha por ganar el pan,

Su honrada labor respeta;  
pues de la industria adalid,  
él realiza la historieta  
de *El trapero de Madrid*.

Alfonso E. Ollera

## LOS OVILLOS DE HILO.

### CUENTOS DE JORRETO.

#### I.

**A**PUERTO cualquier cosa á que, entre  
tantos cuentos como te contaron  
cuando eras niño, no te han con-  
tado el de los ovillos de hilo.

Lo digo porque nadie lo sabe más que yo,  
y no lo he contado todavía; pero voy á con-  
tártelo ahora, para que tú se lo cuentes al  
ama de tus hijos y élla se lo cuente á ellos  
y no lloren miétras que con tu esposa te  
diviertes en el teatro ó en la tertulia.

Viajaba yo por el Harz, y una mañana  
me empeñé en subir al Ilsestein.

Estaba cansado, y me senté junto á una  
piedra. Al levantarme hirió á la montaña  
un huracán violento, y la piedra cayó ro-  
dando á sepultarse bajo las aguas del Ilse.

Entónces vi un rollo de papel amarillento  
en el hueco que habia dejado, le cogí, le  
desdoblé y desde luégo me dispuse á leer  
un cuento de brujas, pues todo el mundo  
sabe que, no lejos de allí, se levantan los  
peñascos del Brocken, en cuya cima se  
reunen todas las brujas el día primero de  
Mayo, segun cuentan las tradiciones de  
Alemania.

En efecto; el manuscrito estaba firmado  
por la bruja Wftala, y decía así:

#### II.

Una noche muy triste lloraba la Empe-  
ratriz Hildegunda sentada debajo de los  
tilos, y decía:

—¡Pobres hijos míos! ellos se empeñan en  
recorrer el mundo, se van á perder entre los  
bosques y las montañas, no van á saber  
volver á mi castillo, y, ¿qué será de la pobre  
madre sin sus hijos?....

Entonces Wftala, que pasaba por allí, la  
oyó llorar, se compadeció de sus lágrimas,  
y le dijo:

—No llores, Emperatriz, no llores por  
tus hijos; yo puedo hacer que recorran el  
mundo sin perderse, y que vuelvan después  
á tus brazos.

—¿Cómo! ¿Es cierto? le respondió la Em-  
peratriz.

—Nada más sencillo, contestó la bruja.  
Vámonos á mi gruta, y hojearemos el libro  
de la ciencia mágica. En él encontraremos  
algún medio para que se consiga tu deseo.

Así lo hicieron, y llegando á la miste-

riosa gruta de Wftala, cogió ésta unos  
polvos que tenía en una caja encarnada, los  
puso sobre un enorme pebetero, derramó  
en ellos un líquido muy verde, y luégo, en-  
cendiendo la mezcla con una luz de azufre,  
pronunció unas palabras que no recuerdo si  
eran en caldeo, ó en árabe, ó en chino. Des-  
pués abrió con su varita mágica un libro  
muy grande que estaba sostenido por un  
atril en forma de diablo. Era el libro de los  
encantos.

Estuvo pasando hojas muchas horas, y,  
cuando el reducido espacio de la gruta se  
llenó de un humo tan espeso que se podía  
escribir en él, Wftala giró su varita mágica  
con una velocidad espantosa, y la hizo dar  
muchas vueltas. Conforme daba estas vuel-  
tas, el humo de la cueva iba disipándose;  
era que la varita, atrayéndole con su pun-  
ta, le había hilado, ni más ni menos que se  
hila el cristal con el soplete ó el cáñamo  
con la rueca, y se habia formado una gran  
madeja de hilo, más blanco que la nieve,  
más blanco que la leche y que la plata.

Luégo la bruja puso la madeja sobre  
unas devanaderas, y devanando aquel hilo  
de humo en dos ovillos, se los dió á Hilde-  
gunda, diciendo:

—Toma estos ovillos de hilo que he for-  
mado con el humo del pebetero, y dáselos  
á tus hijos. Cuando se vayan, haz que aten  
el extremo de este hilo á la puerta del cas-  
tillo, que vayan desliando conforme anden,  
y si quieren volver, no tienen más que ir  
arrollando otra vez la hebra, que ellos, in-  
dudablemente, han de llegar al extremo  
que se dejen atado en la puerta, viniendo,  
por lo tanto, al lado tuyo.

El medio era ingenioso; así es que Hilde-  
gunda pagó muy bien á la bruja los ovi-  
llos, después de agradecerse los más que si  
fueran de hilo de oro. Y la bruja se puso  
tan contenta, que pidiendo los ovillos á la  
Emperatriz, los hechizó, y le dijo:

—Tómalos otra vez, y ahora, cuando tus  
hijos quieran algo en el camino, no tienen  
más que pincharse en un dedo con un  
alfiler, dejar caer una gota de sangre sobre  
el hilo, y en el momento que se manche,  
verán conseguido su deseo, por muy difícil  
que les parezca.

#### III.

Tan contenta subió Hildegunda á su cas-  
tillo, que se olvidó de que era toda una Em-  
peratriz, y bailaba, cantaba y corría por la  
montaña.

Explicó á sus hijos el misterio de los ovi-



llos; se vistieron, se alegraron mucho, y ántes de vestirse dieron un abrazo muy apretado á su madre, ataron con nudo, casi tan apretado como el abrazo, las puntas de los hilos á la puerta del castillo, y se fueron á correr el mundo.

Otto se fué por la izquierda, y Jorge—que era el hijo menor, por la derecha.

—¡Oh, qué feliz voy á ser con este ovillo, decía Otto, siguiendo su camino y desliando la hebra!

No había andado apenas media legua, cuando cometió la imprudencia de dudar de las palabras de su madre.

—¿Cómo, decía, porque yo manche este hilo con mi sangre, he de conseguir lo que se me antoje? ¡Qué crédula es mi madre! Cualquier bruja se lo ha dicho, le ha sacado el dinero por su engaño, y se ha quedado tan satisfecha. Lo que haré será tirar este ovillo. Pero, vaya, puesto que hace mucho calor y por aquí no hay sombra, probaremos si es verdad esta maravilla: á ver, hilo de humo, haz que entre estas piedras se levante un árbol muy frondoso, para que yo descanse bajo su sombra.

Diciendo esto, cogió el alfiler, se pinchó en un dedo, dejó caer una gota de sangre sobre el hilo, y apenas se había manchado, se levantó un tronco muy fuerte, se cubrió de ramas, las ramas de hojas grandes que proyectaron una fresca sombra, y Otto, maravillado, se tendió en su centro á descansar, diciendo:

—Vaya, no lo hubiera creído; será la primera vez que no han engañado las brujas á mi madre.

Cuando descansó, siguió su camino, y andando andando, se hizo de noche. Vió una casa, y quiso entrar en ella. Llamó, y como no quisieran abrirle, se pinchó en un dedo, dejó caer una gota de sangre sobre el hilo, y exclamó:

—Quiero que esta casa se hunda, y mueran sus habitantes entre los escombros y entre las ruinas.

Apenas acabó de hablar y se empapó el hilo de sangre, pudo seguir su camino sobre las ruinas del edificio, sin que le espantáran los ayes lastimeros que lanzaban los dueños de la casa, encerrados y aplastados entre las piedras y los maderos.

## IV.

Empezaba á amanecer, y llegó á la entrada de un bosque con tantos árboles y tan espesos, que no podía pasar; pero, ¿qué le importaba? Quiso que el bosque se abriese

dándole paso, derramó en el hilo una gota de sangre, y el bosque se abrió delante de él, ofreciéndole una senda muy ancha y muy limpia para que pasara.

Pero hé aquí que aquella mañana se había casado el Rey, y como hacía una temperatura muy agradable, y en el bosque había muchos arroyuelos cristalinos, muchas flores olorosas y muchos pajarillos que cantaban, le pareció bién irse con la nueva Reina á entretenerse un rato por aquellos sitios tan poéticos.

Gozando iban los dos esposos en el amor que sentían el uno por el otro, y haciéndose caricias como si fueran dos tortolitos, cuando vieron á Otto ir por la senda.

También Otto los vió; le pareció sumamente hermosa la Reina, y concibió una malvada idea.

Se paró delante de ellos, se pinchó en un dedo, manchó el hilo con otra gota de sangre, y después de mancharlo, dijo:

—Hilo del humo de la bruja Wftala, haz que el caballo del Rey se interne entre los árboles más espesos del bosque y no pueda salir.

Así sucedió; el caballo del Rey, por más que éste sujetaba las riendas y le hería con las espuelas, se fué metiendo entre los árboles, que no parece sinó que se separaban para darle paso, y se volvían luego á entrelazar.

Mientras tanto, Otto subió en el caballo en que la Reina iba, y amenazándola con su puñal al primer grito que diese, huyó con ella muy tranquilo y muy seguro de que el Rey no los encontraría.

Pero sucedió, porque yo quiero que sucediera, que las tropas del Rey supieron que se había perdido por los laberintos del bosque, y cortando todos los árboles, le encontraron dormido sobre su caballo.

Y así que le encontraron, comenzaron todos juntos á buscar á la Reina por todas partes.

## V.

También la Reina y Otto se habían dormido, éste de cansancio, aquélla de sentimiento al verse á la fuerza separada de su amante esposo, precisamente el día primero de su matrimonio.

Durmiendo estaban aún, cuando se acercaba el Rey con sus tropas; pero al ruido de los caballos se despertaron, y Otto, viéndolos tan cerca, se creyó perdido; mas, de súbito, se acordó de su hilo, derramó en él una gota de sangre, y accediendo á sus

deseos, empezó á correr entre él y sus perseguidores un caudaloso río.

Las tropas entónces se detuvieron.

El Rey veía en la orilla opuesta á la Reina, que le llamaba desesperada.

Otto, presenciando la escena, se reía y trataba de abusar traidoramente de la Reina, la cual, con todas sus fuerzas, se resistía.

Por fin, el Rey, en el colmo de su cólera, se empeñó en cruzar el río con sus tropas. Casi iban ya á tocar la orilla donde Otto y la Reina estaban, y viendo aquél el peligro, se le antojó que se levantara una montaña delante de ellos, tan alta y de tan peligrosa ascensión, que los soldados que no fueron arrastrados por la corriente de las aguas, perecieron entre los riscos de las rocas.

El Rey, sin embargo, ni se ahogó, ni rodó por la pendiente; pues como iba en busca del objeto amado, el amor le dió una fuerza extraordinaria, capaz de hacer milagros.

Á coger iba ya la punta del manto de la Reina y á clavar la de su puñal en el corazón de Otto, á quien sorprendió detrás de unos zarzales; pero éste manchó precipitadamente de sangre el hilo de la bruja Wftala, quiso que se abriera allí mismo un precipicio inmenso, y el precipicio se abrió; cayó á su fondo el Rey, y él, cogiendo á la Reina la asomaba al borde para que le viera caer, y le abría los ojos, que cerraba horripada.

## VI.

Así de esta manera fué Otto siguiendo su viaje por el mundo.

Á cada paso tenía un nuevo capricho, siempre criminal; á cada paso hacia saltar una gota de sangre de su dedo, y el hilo de humo, que iba quedando desliado detrás de él, apenas tenía un trozo de un cuarto de legua que no tuviera una mancha roja.

Porque, cuando no tenía dinero, manchaba el hilo de humo, para que se quedaran dormidos los que conducían un tesoro y se lo robaba.

Cuando su caballo iba fatigado, le dejaba morir de hambre en el camino, y, dando muerte al jinete que llevaba el otro, montaba en él á la Reina, montaba despues él, y seguía su viaje tan tranquilo.

Llegó un día en que se cansó de la Reina, porque vió otra mujer que le gustó más que ella, y, atravesando por un lago, la dejó caer en el agua para que se ahogase,



sin que le enternecieran sus ruegos, ni sus tiernas súplicas, ni sus abundantes lágrimas.

Pero andando andando, tanto anduvo, que se le concluyó la hebra del ovillo de hilo de humo que había dado á Hildegunda la bruja Wftala.

Y ¿á que no sabeis dónde se le acabó?

Precisamente en la cima de una montaña, de una montaña que estaba más alta que las nubes, cubierta de tanta nieve y azotada por un aire tan frío, que no lo podía resistir, y hasta las lágrimas, si las hubiera derramado, se le habrían quedado heladas, formando un hilo de hielo.

Por eso, lo primero que se le ocurrió fué que aquel sitio se trasformara en un delicioso jardín; quiso pincharse y manchar su hilo; pero, ¿cómo hacerlo?

Sus dedos estaban helados, y como no podían doblarse, le era imposible coger el alfiler; además, aunque le hubiera cogido, cómo sacar una gota de sangre, si tanta había vertido, que ya no le quedaba ninguna? Y, después de todo, ¿cómo manchar el hilo, si ya había desliado todo el ovillo, y se había concluido la hebra?...

## VII.

Así es que se desesperaba.

Luchando estaba con las ansias de la muerte; se revolcaba á la fuerza de horribles convulsiones, cuando el sol, que en aquel instante estaba casi perpendicular á la montaña, desvaneció las nubes que en torno suyo flotaban, como si la quisieran coronar de vapores azules y blancos.

Entonces Otto pudo ver á su hermano Jorge, que subía á donde él estaba.

Subía muy alegre, y cuando llegó á su lado, le preguntó qué era lo que en sus viajes había conseguido con el ovillo de la bruja Wftala.

—Yo, le respondió Jorge, he conseguido recorrer todo la tierra, he atravesado por enmedio de los valles, por encima de las aguas de los mares y de los ríos, he subido por las más altas montañas, y he visitado magníficas ciudades y humildes pueblos.

—Pero bien, le replicó Otto, ¿cuántas veces has manchado el hilo con tu sangre, para conseguir cada uno de tus deseos?

—Ninguna, le dijo Jorge; en verdad que he tenido vivísimos deseos de hacerlo, que he pasado grandes apuros y molestias, me ha faltado dinero, en un desierto me moría de sed, en un camino se concluyó mi pan, en una senda se me murió el caballo y en

un bosque me perdí; sin embargo, aunque no dudaba que manchando con una gota de sangre el hilo saldría de todos mis apuros, le veía tan blanco, tan blanco, que me dió lástima mancharle y no le he manchado aún. Pero ahora sí que voy á dejar caer sobre él una gota de mi sangre, porque tengo tanto frío, que no le puedo resistir.

Al oír tal cosa Otto, lanzó una estridente carcajada; se reía de Jorge, porque para nada le había servido el hilo de humo, y lo único que quería le iba á ser imposible conseguirlo como lo había sido á él.

Mas Jorge, siguiendo en su propósito, tiró un poco del hilo para poder mancharle, porque también en aquel sitio se le había concluido la hebra. Y no necesitó pincharse, pues al tirar, se recogió todo el hilo en torno suyo, formando un vestido de pieles muy pobladas, que prestaban á su cuerpo una agradabilísima temperatura.

Quiso imitarle Otto; tiró de la hebra de su ovillo; pero la hebra de su ovillo se había roto en cada parte donde había derramado una gota de sangre, y apenas tiró de ella, fué Otto á parar al sitio donde por última vez lo había manchado, al lago en cuyas olas sepultara á la desventurada Reina, y fué á parar allí débil, sin sangre y sin aliento.

## VIII.

Jorge, que todo lo veía desde arriba, bajó apresuradamente á salvar á su hermano que se ahogaba en aquel lago.

Cuando llegó á la orilla, las aguas le habían cubierto por completo, y él, en el deseo de salvarle, se lanzó dentro de las aguas para ver si podía sacarle aún con vida.

¡No era ya tiempo!

¡Otto estaba ya sin vida en lo más profundo del lago!

Jorge volvió á subir á la superficie de las aguas. Cuando atravesaba por en medio de ellas, vió una cosa singular. Una porción de cisnes estaban agitando sus blancas alas y separando con ellas el agua de un reducido espacio.

Se acercó á ellos y vió en medio de todos una concha muy grande que despedía fantásticos cambiantes de luz.

La abrió, y en su centro se encontró dormida á la Reina, ni más ni menos que si una hermosa Venus y no una Reina fuera.

La despertó, la sacó del lago, y uno y otro se contaron su historia, sintiendo Jorge indignación contra su hermano y noble deseo de amparar á aquella afligida Reina.

Los dos se dirigieron en busca de su Rey.

Por el camino se encontraron manchado y roto el hilo del criminal hermano, primero donde dió muerte á los ginetes, luego donde robó el tesoro, donde se abrió el precipicio, donde se levantó la montaña, donde corriera el río, donde le dió paso el bosque, más adelante donde se hundió la casa, y, por último, donde el árbol le dió sombra.

Cuando bajaron al precipicio, el Rey había muerto. No había podido resistir el hambre, y como allí no había cisnes, no pudieron salvarle como á la Reina.

La Reina lloró mucho, y después de llorar, se dirigió con Jorge al castillo de Hildegunda, que estaba sobre estas montañas.

No tuvieron que llegar, porque en el valle se encontraron á la Emperatriz, que con sus tropas iba á salvar al Rey y á las suyas, sabiendo el fracaso que habían tenido por culpa de su hijo.

Cuando la Reina, Jorge é Hildegunda se juntaron y se explicaron cuanto había sucedido, lo sintieron mucho, como es lo natural; pero, como es lo natural también, pronto el consuelo vino á disipar aquellas nubes de tristeza.

Hildegunda olvidó á su hijo al saber que era de instintos tan perversos.

La Reina y Jorge se casaron, fueron Reyes de aquellos dominios y vivieron muy felices hasta que se murieron de viejos.

## IX.

Así decía el manuscrito que me encontré en el hueco de la piedra de Ilsestein. Debajo estaba la firma de Wftala.

Y, ¿qué dices, que está algo oscura la moralidad del cuento?

Pues espérate que llegue la noche de Walpurgisnacht, la noche del 1.º de Mayo, sube al Brocken, y cuando estén allí todas las brujas reunidas, pide á Satanás permiso para hablar con Wftala, que élla te lo explicará perfectamente.

## ORIENTAL

### I

Es allá, en la hermosa margen del Dáuro gentil, que baña con sus cristalinas ondas los cármenes de Granada.

Sus altas torres egipcias muestra soberbia la Alhambra, preárbabe monumento



de su altiveza pasada;  
y los moriscos templetes,  
y las ruidosas cascadas,  
y los bosques de abedules,  
sicomoros y naranjos,  
circuyen aquel palacio  
donde Aika, la sultana,  
y Fátima, la preciosa,  
breves horas deslizaron,  
del gallardo moro Hazem  
amantes enamoradas.  
Cae la tarde: Abdul Azís,  
de la abencerraje raza  
el más gentil y lozano  
mancebo que rompió lanzas;  
el rival de los Gomeles,  
en cuyas arterias salta  
de Muza la sangre altiva;  
el que esculpiera en su adarga:  
*Soy de estirpe de Almanzor:  
sólo Alhá y mi cimitarra;*  
taciturno y melancólico,  
sobre tostada alazana  
árabe yegua, camina  
por la Vega de Granada,  
Cruje el arnés acerado,  
y el rojo cordón de grana  
con borlones de oro, oscila  
del alquicel so la falda;  
al duro almete rodea  
revuelto lino en trenzada  
linda madeja, que bordan  
joyeles de oro y de plata,  
y briquiños de diamantes  
prenden la roja hopalanda  
que encapucha el alquicel  
sobre ancho pliegue, en la espalda.

Cortando el rostro del moro  
en simétricas distancias,  
espesa, riza y sedosa  
brilla la peinada barba,  
y son dos puntos de fuego,  
sobre su faz atezada,  
los ojos que al suelo inclina  
ó que radiantes levanta,  
según son los pensamientos  
que le agobian ó le inflaman.  
De repente, en los ijares  
de la fiera en que cabalga  
hundió el acicate agudo,  
dando á la grupa la lanza,  
y la yegua, cual un rayo  
candente centella, ráuda,  
cruzó la Vega al galope,  
y dando dentro Granada  
por la ancha puerta de Elvira,  
llegó hasta el pie de la Alhambra,  
sobre el curso con que el Darro  
desliza sus linfas claras.

## II

Descabalgó Abdul-Azís  
en la ribera galana  
de olorosos limoneros  
y de fragantes naranjas,  
y en la corriente tranquila  
latente sierpe de plata,  
refrescó la ardiente sed

y humedeció la garganta.  
«Era yo feliz—decía  
al par que el río miraba,—  
mas mi dicha fué un momento,  
el tiempo que esas rizadas  
ondas están en un punto;  
¡cual el hombre cual se engaña!  
Yo amaba á una nazarena  
que allá en Alora hice esclava;  
yo la dí la libertad  
con generosa eficacia;  
á la cadena infamante  
como vil estuvo atada,  
y yo la otorgué nobleza  
y á su tierra fui á llevarla,  
donde deudos y parientes  
la creían deshonrada.  
«Élla díjome, traidora,  
que en mí tan sólo adoraba,  
tan sólo en Abdul-Azís,  
el hijo de las montañas;»  
y luego, con un cristiano  
de amor plática y le habla;  
con un cristiano que al moro  
no osó para rescatalla.  
¿Qué le resta al pecho mío?  
¡Venganza, sólo venganza!  
Tema el doncel nazareno,  
tema la falsa cristiana,  
mi agudo puñal la una,  
y el otro mi cimitarra.»  
Y ténue silbido dando,  
llegó su yegua alazana,  
que en el bosquecillo próximo  
el verde arrayan pastaba.

## III

Iba á cabalgar Abdul,  
cuando á muy corta distancia  
escuchó ensalzar á Alhá  
con mil frases entusiastas.  
Volvió el moro la cabeza,  
y á otro moro de más baja  
condición, advirtió orar;  
extrañóle la plegaria,  
y llamando al africano  
inquirió por qué rezaba.  
«Señor,—dijo,—un año no hace  
arenas aquí lavara  
buscando el oro que lleva  
el Dáuro en sus ondas claras.  
Yo las limpiaba del limo,  
yo del lodo las limpiaba.  
y en áureos copos veía  
cuál mi tesoro aumentara.  
¡Ay! Sin mí, aquellas arenas  
siempre estuvieran manchadas,  
y sílice solamente,  
súcias, nadie las mirára.  
Cuando estuvieron bien limpias,  
cuando al sol claro brillaban  
como el rayo de Febeo  
al quebrarse, de la Alhambra  
en las delgadas agujas  
de pórvido y filigrana,  
otro moro amigo mío,  
que mi fortuna acechaba,  
me arrebató mi tesoro

después de limpio y *sin mancha*.  
—¿Tú qué hiciste?—Abdul hablóle,  
diciendo: «¿Tal semejanza  
en el caso! ¡Oh! ¡sí; el Profeta,  
el Profeta es quien me habla!  
—Yo al punto quise, iracundo,  
tomar horrible venganza:  
pero llevaba el tesoro  
con él siempre, y en la hazaña  
al reñir, las arenitas  
*quizá otra vez se mancharan*.  
Por eso yo se las dejo,  
y al mirar cómo las labra,  
digo al verlas: *por mí lucen  
sólo; sin mí no brillarán;*  
y Alhá premia mi paciencia,  
y otras arenas me manda  
*sin las sílices del Dáuro  
en limpia roca encontradas*.  
—Basta,—dijo Abdul-Azís:—  
¡por el Profeta! ya basta:  
yo la dí la libertad;  
que de ella por siempre haya,  
y si es traidor y versátil,  
y si es inícuo é ingrata,  
yo habré sido sólo el bueno,  
y al que obra bien, Alhá ampara!»  
Luego, en ráudo torbellino,  
flotando al viento la falda  
del ancho alquicel, corriendo  
sobre su yegua alazana,  
internóse Abdul-Azís  
por las calles de la Alhambra.

*Elia de León y Olalla.*

## LA PLEGARIA

Esclava moribunda de la pena,  
Fustigada por ella con rigor,  
Perdida la esperanza y desolada,  
Un punto el alma mía se encontró.  
Por todas partes dó mi vista incierta  
Tendía su mirar,  
Sardónico fantasma de la angustia  
Veía, y nada más.  
Zumbábame el oído sordamente  
Repercutiendo mortuorio són,  
Cerrábanse mis párpados hinchados  
Por el copioso llanto abrasador;  
La caótica noche era testigo  
De mi amarga y mortífera emoción.....  
Lancé de espanto un alarido ronco,  
Y mi cuerpo febril titubeó.  
El labio entónces, palpitante y seco  
Moduló una plegaria con fervor,  
Y con ella volvió de la esperanza  
El rayo alumbrador,  
Y con su luz, ya rotas las tinieblas,  
Entre nubes doradas ví á mi Dios!...

.....  
¡Ah! ¡mil veces bendita la plegaria  
Que del mar de la vida en la zozobra  
Es nuestra salvación!

*S. Sanchez-Marin.*

MADRID—1883  
IMPRESA DE F. NOZAL  
CALLE DE LAS HUERTAS, 59.